

Uno de los episodios más controvertidos de los que antecedieron al golpe militar de 1973 lo constituyen las versiones en torno a la iniciativa del entonces Presidente Salvador Allende de buscarle una salida política a la crisis. Una de las vías que se estudiaba era la convocatoria a

un plebiscito, cuya historia no ha sido suficientemente expuesta a la opinión pública. Sobre ese episodio, "La Epoca" publica en estas páginas en forma exclusiva un fragmento inédito del volumen cuarto de las "Memorias" de Orlando Millas, que fueron proporcionadas por su hijo,

Carlos Millas. Como complemento, en diez recuadros anexos se presenta la versión que sobre estos hechos recordaron a petición de este diario la mayoría de los protagonistas aludidos por quien fuera destacado dirigente de la izquierda chilena. Los subtítulos son de la Redacción.

Las dramáticas gestiones para evitar el golpe de 1973

ORLANDO MILLAS

Después del *tanquetazo* la Democracia Cristiana se plegó al Partido Nacional en el rechazo al Estado de Sitio y comenzó a hablar de la conveniencia de que se traspasase el poder civil del Estado a las Fuerzas Armadas. Se presentó una acusación constitucional en mi contra que fue aprobada por la Cámara y el Senado. Mi partido y Salvador coincidieron en que dejase el ministerio del que se me destituía, sin asumir esta vez otro. Queríamos aliviar la tensión. En la comida que tuvo la gentileza de ofrecermela en la casa presidencial de Tomás Moro, Salvador comentó que el jefe de los demócratacristianos, Patricio Aylwin, había sido personalmente quien preparó esa acusación, haciendo ver que, a su juicio, me castigaba por ser un notorio promotor de acuerdos entre su colectividad y el gobierno y por haber acogido como ministro una serie de peticiones e iniciativas demócratacristianas. Recordó que nunca se presentó acusaciones contra ministros como Pedro Vuskovic; pero, si contra José Tohá y ahora por tercera vez en contra mía, batiendo verdaderamente un record. Acotó: Los peligros son extremos. La oposición está siendo conducida de hecho por Onofre Jarpa. Me solicitó asesorarlo personalmente en la esfera económica, como lo habían hecho antes Alexis Guardia y Jorge Arrate y en el último tiempo un comité encabezado por Clodomiro Almeyda.

La situación se fue poniendo más y más vidriosa en el Ejército, la Marina y la Aviación. Un gran aporte a una solución política lo brindó el cardenal Raúl Silva, que convocó a conversar en su casa a Salvador Allende y Patricio Aylwin y les instó a un diálogo que evitara el peligro de un golpe de Estado. En los primeros días de esta noble iniciativa, volvió a haber optimismo; pero, muy rápidamente observó el Presidente, con desaliento, que el jefe demócratacristiano no ayudaba a obtener un acuerdo, lo que le parecía indicativo de su preferencia por que hubiese golpe militar.

Un día en que teníamos convenida una reunión de la dirección de nuestro partido con Allende, a

la que asistimos Luis Corvalán, Víctor Díaz y yo, aparecieron en la prensa declaraciones de cuero de diablo del presidente del Senado, Eduardo Frei. Allende me instó a darle una condigna respuesta, lo que de inmediato acogieron con entusiasmo mis compañeros de delegación. Redacté una declaración muy dura y Salvador, al cual le agradó, obtuvo que se publicase simultáneamente en *El Siglo*, *La Nación*, *Ultima Hora*, *Clarín* y *Puro Chile*.

Pero, muy luego, volvió a invitarnos a conversar y nos habló en otro tono. Consideraba extremadamente negativo el curso de los acontecimientos y deseaba esta-

hasta su restablecimiento, porque la urgencia era extrema. Conocedor de mis relaciones afectuosas y de plena confianza con mi primo Juan Gómez Millas, nos preguntó si veíamos en él, a través mío, un posible emisario válido a fin de conocer la exigencia mínima de Frei para evitar realmente un enfrentamiento. El Partido Comunista asumió esa tarea y en la misma noche comí en casa de Juan y se la expuse. El era verdaderamente devoto de Frei, admirador suyo incondicional. Tuvimos cuatro sucesivos encuentros, similares al inicial, sin que nunca tomase el nombre del ex Presidente de la República, aunque

rio, encabezadas por Juan, publicarían en el mismo día un documento señalando que se había dado solución a la crisis política y llamando a seguir el camino anunciado, a la vez que pronunciándose contra el recurso a la fuerza. Juan me aseguraba que Frei estaría dispuesto a contestar de inmediato cualquiera consulta de periodistas diciendo que concordaba con el documento anterior y lo hacía suyo.

Día a día la Comisión Política fue aprobando lo conversado por mí con Gómez Millas. Y día a día lo conoció y ratificó Salvador. Nos anunció que formularía en estos términos su mensaje al país. Con

que de Saneamiento Democrático y después se había considerado interpretado por mi informe al Pleno de septiembre de 1970 del Comité Central del Partido Comunista en que se planteó unir, en favor de la ratificación de su triunfo en las urnas del 4 de septiembre, a todos los que estuviesen por un régimen democrático y en especial a los sostenedores de las candidaturas de Allende y de Tomic. Calificó el acuerdo sobre llamado a plebiscito como la tercera gran coyuntura favorable para nuestro pueblo abierta gracias a la firmeza de principios y la flexibilidad del Partido Comunista.

Salvador solicitó a la Unidad Popular su respaldo para anunciar un llamado a plebiscito, en los términos que él formulase. Toda la semana inicial de septiembre de 1973, el Comité Ejecutivo de la Unidad Popular se encontró empantanado porque los partidos Socialista, Izquierda Cristiana y Mapu rechazaron inicialmente la petición del Presidente de la República, que era aceptada por la mayoría formada por los partidos Comunista y Radical, el API y el Mapu Obrero-Campesino, pero que requería reglamentariamente unanimidad. En una reunión efectuada por los jefes de partidos en la que estuvo presente Luis Corvalán, el viernes 7 de septiembre, el Partido Socialista rechazó la petición de Salvador de que se le apoyara para proponer al país una solución política plebiscitaria.



blecer algún puente hacia Frei. Nos dijo:

—Por sobre las diferencias personales, hay que ver en él al político más eminente de la oposición, el único que pudiera ayudar a la salvación del país.

Confidencialmente, nos explicó que había ideado consultar, por intermedio de Fernando Castillo Velasco, cuáles eran los términos del llamado a un plebiscito, que estaba gestionando en su diálogo con Patricio Aylwin y con la asesoría del ministro Carlos Briones, que podrían ser hechos suyos por una serie de personalidades del mundo universitario muy cercanas a Frei y que seguramente lo consultarían antes de asumir cualquier compromiso. Sin embargo, al ir a poner en marcha esta operación política, Fernando sufrió un infarto y no podía esperarse

siempre planteando con claridad los asuntos de manera que era indudable que lo interpretaba al pie de la letra.

La proposición formulada por Juan consistía en asentir a que la fórmula de acuerdo se basase en una reforma constitucional prestigiada por ser sometida lo más rápidamente posible a plebiscito, pero que debía contener no sólo los asuntos sentenciosos inmediatos sino también una gran iniciativa, consistente en la convocatoria a una Asamblea Constituyente, que funcionaría paralelamente al Parlamento, elegida en comicios sin demora en forma similar a las elecciones de diputados, y con el plazo de un año para cumplir su cometido. Si el mensaje al país de Allende contenía ese planteamiento, un conjunto de personalidades de alto nivel del ámbito universita-

suma frialdad, después de hacerse repetir la proposición, comentó:

—Esto lleva al problema del poder. Dispondremos, en lugar de los tres años y meses que constitucionalmente restan al actual período presidencial, de lo que medie a la inauguración y del período de un año de funcionamiento de la Asamblea Constituyente, o sea en total menos de dos años; pero es un gran desafío. Tendremos que ganar la Asamblea Constituyente y creo que la ganaremos. En caso contrario, seremos momentáneamente derrotados de manera democrática y no en un golpe de Estado sangriento. Apruebo y también hago mío este desafío.

En esa reunión, que estábamos Corvalán, Díaz y yo, más adelante recordó que había concordado con mi actuación en el Blo-

La reunión del 8 de septiembre

Una reunión fue convocada, con vistas a tratar de obtener un acuerdo, en la Sala de Consejos de La Moneda a las diez de la mañana del sábado 8 de septiembre, tres días antes del golpe militar. Corvalán había explicado a la Comisión Política de nuestro partido que la actitud del Partido Socialista era irreductible, según se lo había dicho Carlos Altamirano, por lo cual estimó innecesario concurrir él, cuyo tiempo era precioso para afrontar la situación de pregolpe que se estaba viviendo. Se acordó que fuese yo en lugar de Corvalán y que, además, al margen de lo que ocurriese en esa reunión, después de ella me entrevistara con Salvador en La

rior del Chile "de ayer" y su realidad. El velo de austeridad, de moderación, de seriedad, que tendieron las figuras políticas patricias de la época, no correspondió ni lejanamente a la predisposición al consumo conspicuo, a la imprevisión económica, a la ausencia de hábitos de ahorro e inversión que caracterizaron a quienes dominaban el escenario nacional. Un fondo se hipotecaba para ir a pasear a Europa. La tierra sólo debía proveer, pero no se invertía en ella. Arnold J. Bauer en su estudio de la sociedad rural chilena, dice que los terratenientes podían disfrutar de los ingresos de su propiedad rural sin exponerse demasiado a la vida rústica. Una manera era el alquiler o arriendo a largo plazo, reservándose parte de la casa principal "para habitarla cuando sea conveniente". Nueve años o menos era el plazo normal de arrendamiento. El único objetivo del arrendatario era extraer a la hacienda el máximo posible de ganancias durante su breve tenencia.

Orrego Luco en su novela *Casa Grande* (1907) describe a la aristocracia de la época, opuesta a la "sobria y responsable" del

ciones que en su hora pudieron desempeñar los hombres de empresa del país". **Enrique Molina**, creador de la Universidad de Concepción, acuñó una frase muy cierta: "Somos primitivos para producir y civilizados para consumir". Si bien hay reformas políticas (el Cielito Lindo del año 20, el Frente Popular), la conducta económica se mantiene igual. Si hay crisis, más créditos y préstamos extranjeros. Y se habían terminado ya los premios gordos en el comercio mundial por sus materias primas. "¿Cómo iba a conseguir ahora (1940), que no disponía de recurso fáciles y ricos de exportación", pregunta Pinto, "los bienes extranjeros (de consumo, combustible, productos elaborados y de capital), que formaban parte de su 'forma de vida'".

Y es entonces que nace la necesidad de diversificar la economía. "Nació esta prácticamente sin ideología", plantea el economista, "Las organizaciones políticas lo comprendieron muy precariamente. Su centro de origen fue un pequeño grupo de ingenieros y funcionarios, que encontró en el Presidente **Pedro Aguirre Cerda** un adherente entusiasta. Gracias a ellos emergió la Corporación de Fomento, que pasó a ser el principal instrumento de la política de industrialización".

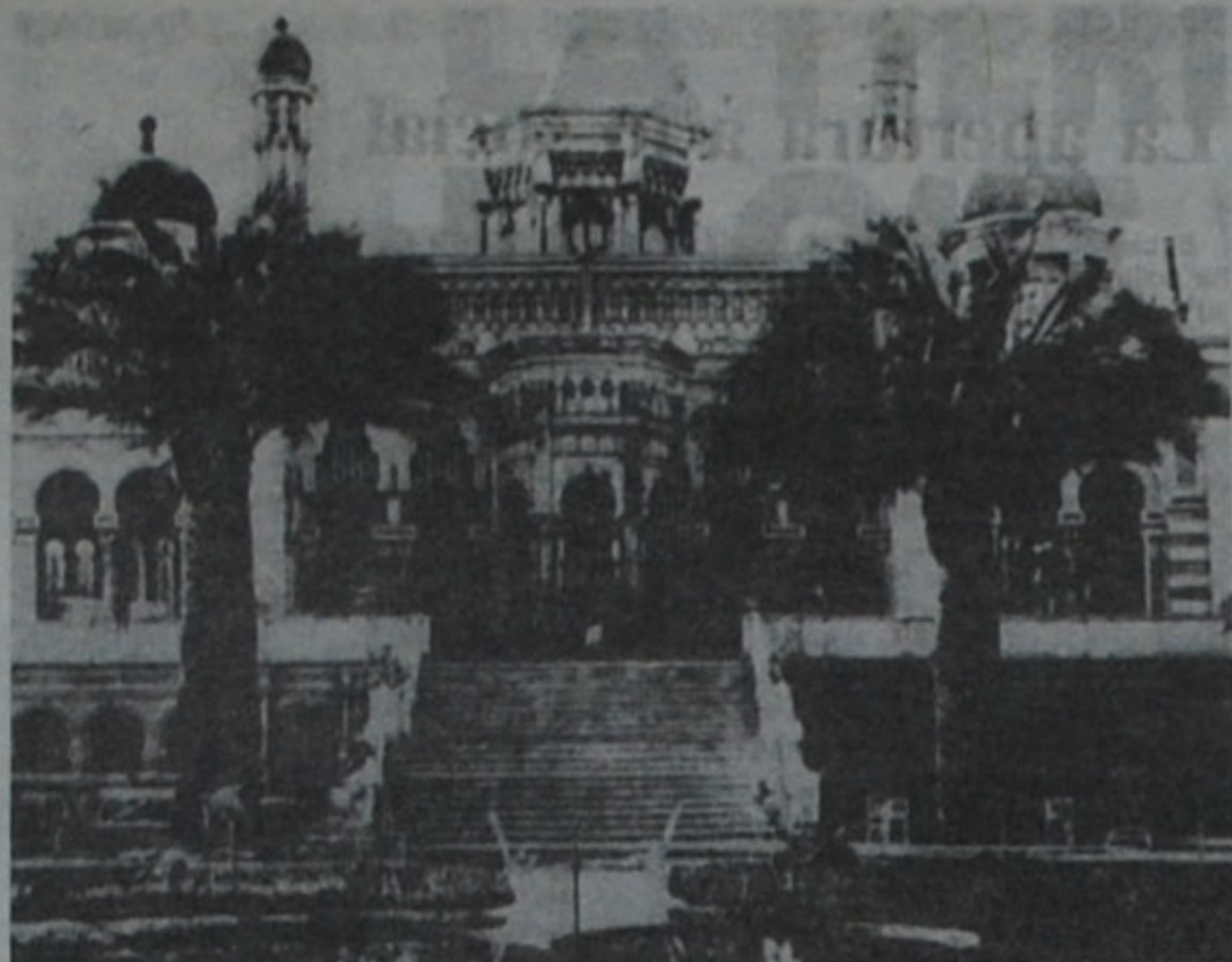
CRONICAS DE LA EPOCA

siglo pasado. Para el escritor, la sociedad entera se había dejado llevar por la codicia de riquezas, y "se deshacía el tejido aristocrático y moral del país". El centro de la especulación y el rumor era la calle *Bandera*, lugar de la Bolsa, donde se comercializaban los valores de las nuevas compañías; surgían y desaparecían fortunas de la noche a la mañana. "Se hablaba de un abogado que gastó 70 mil pesos en una bailarina de ópera; las esposas de los nuevos ricos se cubrían de sedas, encajes y perlas; se abrían cuentas en las nuevas tiendas y almacenes de lujo de la capital. A medida que los ingresos de la minería fluían hacia los tramos más altos de la sociedad, las élites chilenas, que siempre habían mirado hacia Europa, realizaban la travesía, para volver presumiendo de modales franceses y ordenando vinos y mobiliario que fueran a la par".

Francisco Encina ya en 1911 en su libro *Nuestra inferioridad económica* criticaba la poca visión de la clase acaudalada, que no previó las afortunadas contingencias de la exportación para el desarrollo de una clase empresarial.

Carreras liberales y burocracia

Los grandes pioneros de la minería en el siglo pasado (**Urmeneta**, **Ossa**, **Moreno**, **Almeyda**, **Cousiño**) no tuvieron discípulos. "Por el contrario, el chileno va refugiándose en las carreras liberales, en la burocracia y en la explotación tradicional de la agricultura, dejando el paso a la iniciativa extranjera. Así los dos acervos básicos de nuestra economía de exportación, el salitre y el cobre, pasaron a manos extrañas, que cumplirían las fun-



Principios de siglo: el Palacio Concha Cazotte en la Alameda, famoso por sus grandes fiestas.

cal; y 5) falta de recursos para atender a las energías básicas que requerían mejorar la infraestructura de transportes, caminos y puertos.

Profetas no faltaron. **Carlos Ibáñez** ganó las elecciones de 1952 como el "general de la esperanza". Pidió las más amplias y poderosas facultades extraordinarias para reestructurar la economía y la administración pública. "Chile desde hoy sale a flote", editorializaba *La Nación*. Salvo la creación del Banco del Estado, su mejor realización, las facultades sirvieron en especial para remover funcionarios y reemplazarlos por los que estaban en las filas de los vencedores. Si Ibáñez recibió el país con una inflación de 56,2 por ciento, que le dejó **González Videla**, en 1953 ésta subió al 71,1, y en 1954 ya llegaba al 83,8 por ciento.

Desesperado, el general decidió contratar la asesoría técnica de la misión norteamericana Klein-Saks, que ya había conseguido éxito en varios países. Su receta consistió en racionalizar y reorganizar la administración pública (lo que no se había hecho con las facultades), supresión de todos los subsidios y eliminación del control de precios, limitar las remuneraciones, expansión de las exportaciones y aumento del crédito externo. La misión otorga-

ba garantía de su éxito. Pero el gobierno no se atrevió a aplicar por entero las recomendaciones temiendo un estallido social. Con todo, la inflación bajó bruscamente a menos de la mitad: 37,7 por ciento.

Los chiri-bonos

El presidente **Eduardo Frei Montalva** se propuso derrotar la inflación (su antecesor, **Jorge**

Hubo mensajes que no fueron escuchados: la misión Klein-Saks en los años 50 y Frei padre proponiendo adquirir acciones con parte de los reajustes: los llamaron "chiribonos"

Alessandri, le entregó el país con 38,5 por ciento) y aumentar el ahorro. En dos años había logrado reducirla al 17 por ciento. En 1967, su ministro de Hacienda, **Andrés Zaldívar**, propuso al país lo que podría ser el mensaje de Aninat 27 años más tarde, esta vez inspirado por su hijo, **Eduardo Frei Ruiz-Tagle**.

La proposición consistía en que los trabajadores se contentasen con un aumento equivalente al alza del costo de la vida. Lo que obtuviesen sobre ese porcentaje, como lo que les otorgara el Fisco a sus funcionarios, iría en un bono que serviría para que los trabajadores adquiriesen acciones de las empresas del Estado (entonces CAP, Endesa, Chilectra, Teléfonos y muchas más). De ese modo ellos se convertirían en codueños de las empresas, y el Estado con ese dinero crearía más fuentes de trabajo y aumentaría la infraestructura en caminos, túneles y puerto.

Inmediatamente el FRAP (socialistas y comunistas) y la CUT se opusieron a la propuesta. *Ultima Hora* (socialista) y *El Siglo* (PC) hablaron de los "chirimoyos" como se conocen los cheques sin fondos. Se anunciaron paros y huelgas si la iniciativa prosperaba. Y ahí murió. (Curiosamente, el régimen militar pudo imponer una variable conocida como *capitalismo popular*.)

"Produce amargura comprobar la poca comprensión hacia el gran mal de Chile" nos decía Frei padre, en noviembre de 1969, a un grupo de redactores de *Ercilla*. Nos contaba que su gran aspiración había sido obtener una reforma constitucional que restableciera que el Congreso no podía tratar ningún proyecto que significase gastos. "Porque dentro de nuestro organismo democrático", expresaba, "el gobierno no tiene manera de imponer un plan para detener la inflación. En otros países puede abordarlo". Hubo consultas y tanto en la DC como en la oposición, la idea no tuvo acogida.

Como amarga paradoja, Frei que era todo un demócrata, vio que esa iniciativa fue incorporada a la Constitución del 80, de corte autoritario, pero que también incluía disposiciones positivas.

Tampoco Frei pudo anunciar al país la Reforma de la Previsión, otra de sus grandes aspiraciones.

También conocí de los obstáculos que halló en ese sentido. "La existencia de treinta sistemas diferentes, la realidad de que hay cajas en bancarrota y otras que pronto no van a poder pagar las pensiones conmueve a todos", expresaba. "Pero siempre que no los toquen a ellos. Yo les hago diez reformas agrarias, pero es más difícil emprender la reforma de la previsión. Allí existe egoísmo de grupos, que es mucho peor que el egoísmo de un grupo. Cada uno quiere sacar en su beneficio una tajada más grande de la torta que es el Producto Nacional. Todos agudizan su ingenio para sacar ventajas, pero pocos lo aguzan para aumentar los bienes producidos que permitirá repartir más, porque hemos creado más cosas a repartir". Expresiones de un estadista.

La reforma salió con el régimen militar. Pero se dio lo que dijese Frei, que había quienes eran partidarios, siempre que no los tocasen a ellos. Y las Fuerzas Armadas no aceptaron irse a las AFP y mantuvieron sus Cajas.

Frei hijo, y su ministro Aninat, encontraron felizmente el camino abonado para su optimista mensaje.

Moneda.

Al comenzar la reunión no había llegado la delegación socialista. Intervinieron Anselmo Sule, por el Partido Radical, aprobando la proposición de que Salvador anunciase la solución plebiscitaria y Jaime Gazmuri, por el Mapu Obrero-Campesino en los mismos términos. Rafael Tarud, por el API, dio a conocer dramáticamente que militantes de su colectividad, relacionados con militares en retiro, le habían informado de manera confidencial que se preparaba un golpe militar extremadamente violento. Lo describió en términos absolutamente coincidentes con lo que ocurrió posteriormente. Por los comunistas, con más antecedentes, yo insistí en que era indispensable entregar sin tardanza respaldo y aprobación a Salvador para obstaculizar el camino del golpe de Estado. Bosco Parra, por la Izquierda Cristiana, dijo que los argumentos de Sule, Gazmuri, Tarud y míos lo habían convencido. Cuando comenzaba a hablar Bosco, se me acercó Oscar Guillermo Garretón y me expresó que la dirección del Mapu se había inclinado, a proposición de él mismo, por la posición de rechazo, pero que lo habían impresionado los nuevos antecedentes entregados ahora y no se atrevía a asumir la responsabilidad de ser el único en esta reunión que se oponía a la petición del Presidente, por lo cual se retiraría sin hacerlo notar. Esto permitía adoptar un acuerdo respaldando la solución plebiscitaria. Pero, al terminar de hablar Bosco Parra, llegaron Adonis Sepúlveda y Erich Schnake, asumiendo Adonis la presidencia de la reunión y dándole la palabra a Schnake. Este dijo que la directiva del Partido Socialista tenía el convencimiento que Salvador exageraba los peligros y que no se necesitaba dar el paso político, que él pretendía y que calificó de peligroso. Agregó que en el Ejército, la fuerza armada fundamental, seguían predominando criterios favorables a la política del gobierno y podía tenerse la seguridad que éste no seguiría un golpe de derecha. Comentó que lo que sí expresaban los militares eran algunas críticas al Partido Comunista y molestias por determinadas actitudes del propio Presidente, a pesar de lo cual, en caso de golpe vendría sin duda un contragolpe para afirmar al gobierno y avanzar más resueltamente en la aplicación de su Programa. Bosco Parra tomó de nuevo la palabra y manifestó que modificaba el voto de su partido, colocándose al lado de los socialistas. Hizo ver que era evidente que había dos líneas de información totalmente distintas sobre la correlación de fuerzas en el Ejército: por un lado la que yo había trazado de parte de los comunistas y por el otro lado, la sostenida por Schnake de parte de los socialistas, lo que le inducía a proponer una reunión de las comisiones militares de ambos partidos a fin de cotejar sus informaciones y ver quién estaba equivocado. Acompañaba a Bosco, manteniéndose en silencio, Rafael Agustín Gumucio, quien solicitó autorización para retirarse, diciendo que él personalmente coincidía con la opinión dada a conocer en primer término por el presidente de su colectividad y discrepaba de esta segunda, pero como eso sólo lo afectaba personalmente y no le

correspondía desautorizar a la autoridad máxima de su partido, optaba por irse. Expresé que no consideraba conveniente la reunión propuesta por Bosco y aceptada por Adonis, de las comisiones militares socialista y comunista. La razón que tuve en vista fue que estimábamos que los generales Herman Brady y Raúl Benavides disponían de algún conocimiento sobre lo que se trataba en la Comisión Militar socialista y respecto a ellos nos ateníamos a la caracterización del general Carlos Prats, que los calificaba como hombres del Pentágono.

No hubo acuerdo

Lamentablemente, en las horas y los días siguientes al golpe, fueron asesinados muy certeramente los jefes de las comisiones militares socialistas en todas las provincias y su jefe nacional, el valioso y ejemplar compañero Arnoldo Camú.

En la reunión, Hugo Miranda, que acompañaba a Anselmo Sule, propuso que se transmitiesen a Salvador las opiniones de todos los partidos de la UP, a fin de que actuase conociéndolas. Adonis Sepúlveda se negó a considerar esta proposición porque sólo podían regir acuerdos unánimes. Entonces Jaime Gazmuri del Mapu-OC, propuso que se levantara por algunas horas la sesión, a fin de realizar conversaciones con vistas a un acuerdo, pero se opuso Adonis aduciendo que debía primero terminarse la discusión verificando que la proposición de Salvador había sido rechazada, por no reunir el quórum que requería. Me opuse a ello, con el respaldo de Sule, Gazmuri y Tarud. Después de una hora más de discusión, en que cada cual volvimos a repetir lo que ya habíamos dicho, Adonis optó porque la reunión se levantase sin haber acuerdo expreso para hacerlo.

Más discusiones

A la salida, Adonis Sepúlveda se dirigió a informarme a Salvador de lo ocurrido y que él interpretaba como el desahucio de toda posibilidad de que obtuviese respaldo para una salida plebiscitaria. Sin embargo, yo tenía concertada previamente una audiencia y el Edecán Naval me hizo pasar primero. Le solicité a Salvador una conversación para esa misma tarde con el Partido Comunista, anticipándole que los antecedentes de que disponíamos nos hacían opinar que era peligrosísimo postergar el anuncio de la solución política plebiscitaria, porque se nos podía anticipar el golpe de Estado. Me preguntó por lo ocurrido en la reunión de la Unidad Popular y se lo conté, haciéndole ver que la mayoría lo apoyábamos. A su vez, me refirió una reunión que él había tenido media hora antes con los tres comandantes en jefe, a los que había citado para la tarde siguiente en su residencia de Tomás Moro. Les había reclamado por el allanamiento de la Aviación en Summar. Me dijo que los otros dos no habían dicho nada en apoyo de Leigh, pero que él veía a un almirante Montero poco seguro del respaldo de su institución y a un general Pinochet más bien dubitativo, que le causaba recelo. Me explicó que la conversación con

"Había que hacer algo"

LUIS CORVALAN: "Orlando Millas, Víctor Díaz y yo nos reunimos con Allende el domingo 9 en la mañana y le reiteramos nuestro apoyo a la idea del plebiscito. Todo esto nació con la oposición de algunos a la idea de estatizar ciertas empresas. Existía un marco en el que había una mayoría opositora al gobierno en el Parlamento que nos impedía gobernar y hacer los cambios que nosotros nos habíamos propuesto. Pensábamos que era muy importante consultar al pueblo, que este tenía el derecho a expresar una opinión. Y eso era perfectamente legal, estaba en la Constitución. Habíamos estado conversando. Aylwin había estado en



esas conversaciones, pero de repente las cortó. Y se sabía que venían problemas. Había que hacer algo. "Luego de la reunión del domingo, nosotros nos reunimos con la dirección del partido. Este aprobó nuestra actuación y decidí enviarle una carta a Allende, por medio de José Cademartori, apoyando su decisión. De la reunión recuerdo que Allende nos dijo que iba a llamar a plebiscito, que quería evitar un baño de sangre y que había que buscar una solución. Después, en Dawson, supe por Hugo Miranda que Allende comentó tanto esa reunión como la carta que el PC le había enviado".

"Era una decisión de Allende"

ANSELMO SULE: "Yo apoyaba la realización de un plebiscito, como se lo expresé muy directamente al Presidente, y el Presidente también era abiertamente partidario del plebiscito.

"Teníamos la sensación de que se iba a llevar adelante porque el Presidente había tenido reuniones, incluso con Aylwin, sobre estas materias. Pensé que todo se iba a resolver por esa vía. Es difícil precisar quien fue el autor de la idea, ya que afloró de repente tanto al interior de la DC como del gobierno.

"Se discutió y se iba a plasmar. Este tipo de cosas se conversaban a nivel de los dirigentes de la Unidad Popular y



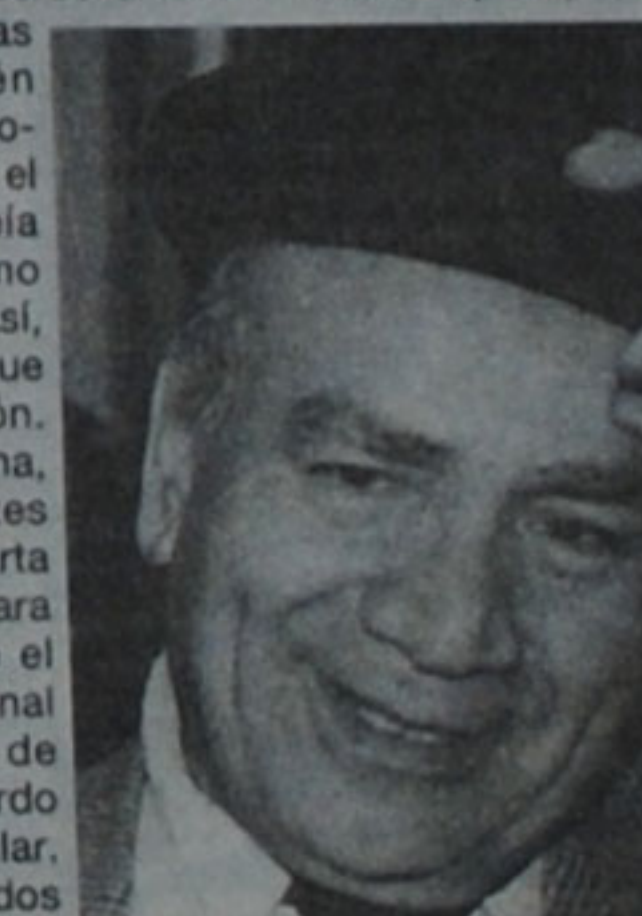
había un criterio mayoritario que se dirigía a aceptar la realización de un plebiscito si así lo comprometía el Presidente. Era en el fondo una decisión de Allende.

"Yo no estuve en la última reunión del ejecutivo de la UP. Participé en otras reuniones previas en las que se analizaron las posibles salidas a los problemas, y donde estuvo Orlando Millas. Pero el sábado 8 de septiembre, yo estaba en Valdivia en un acto de celebración de los tres años de gobierno de Allende. Volví a Santiago por tierra cuando, a la altura de Valdivia, encendí la radio y estaban anunciando el golpe".

"Yo redacté las conclusiones"

ADONIS SEPULVEDA: "En las reuniones del comité político de la Unidad Popular participábamos dos por partido, los dirigentes máximos. Generalmente le correspondía a Altamirano y al que habla. Ahora bien, la del día 8 no es una reunión sobre el plebiscito. Ante los hechos que hacían vislumbrar como muy inminente la posibilidad de golpe de Estado, el compañero Presidente había propuesto a la Unidad Popular debatir varias alternativas. La reunión del 8 fue la culminación de esas discusiones. No recuerdo cuáles eran las

últimas elecciones sólo un 45%, nos llevaba a una derrota electoral, puesto que teníamos mucha más fuerza social que electoral; cientos de miles de personas que estaban con Allende pero no votaban. Por lo tanto, en un plebiscito, nosotros seríamos minoría, de modo que rechazábamos tal idea y lo único que nos quedaba era tomar las medidas legales para perseguir a quienes complotaban, como evitar que se desplazara de los cargos a fuerzas leales; también creíamos que era necesario generar el ánimo en las fuerzas



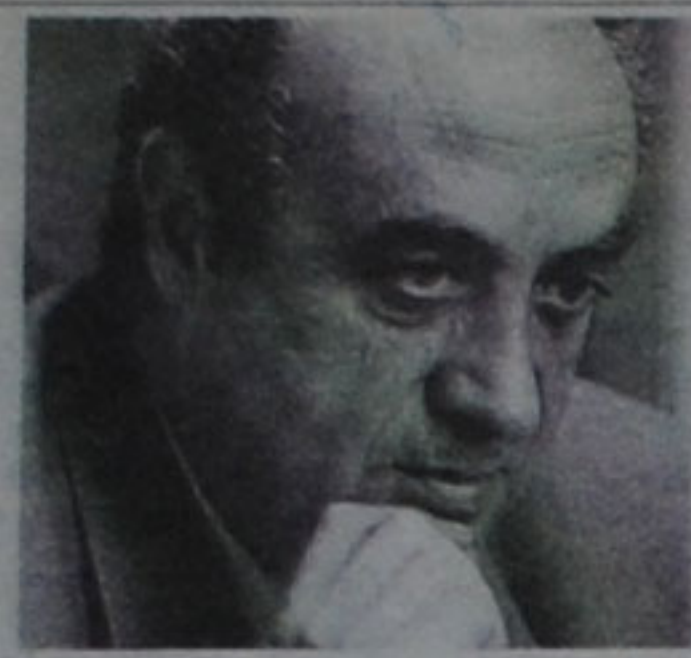
sociales para que defendieran el gobierno. No podían asesinar a miles de trabajadores reunidos alrededor de La Moneda. Planteábamos entonces que la única salida era impedir el golpe a través de medidas ofensivas, todas dentro de las leyes.

"El otro bloque creía que era posible impedir el golpe a través del diálogo, de hacer concesiones o llamar a un plebiscito. El Presidente en todo caso tenía, como propia atribución, la posibilidad de llamar a un plebiscito, al margen de las conversaciones que hasta el sábado tuvimos.

"Las conclusiones me tocó redactarlas a mí, y entregárselas por escrito porque así me lo solicitó. Me dijo: 'Esto es demasiado importante para que usted me lo dé en forma verbal, Adonis. Déme un documento por escrito'. Me dio tres o cuatro horas, y como a las siete, envió un emisario a buscarlas a mi casa. No tuvimos ya con Allende más que conversaciones informales".

“Me enteré en los últimos días”

OSCAR GARRETON: “Todo ese período fue tremendamente traumático. Por eso uno puede tener muchos baches en el recuerdo. Fue una época de parálisis, además, de grandes desacuerdos. Aún así, recuerdo que al comenzar septiembre, el Presidente ya había decidido convocar a un plebiscito. Incluso tenía preparado y grabado el discurso con que el martes 11 de septiembre lo anunciaría al

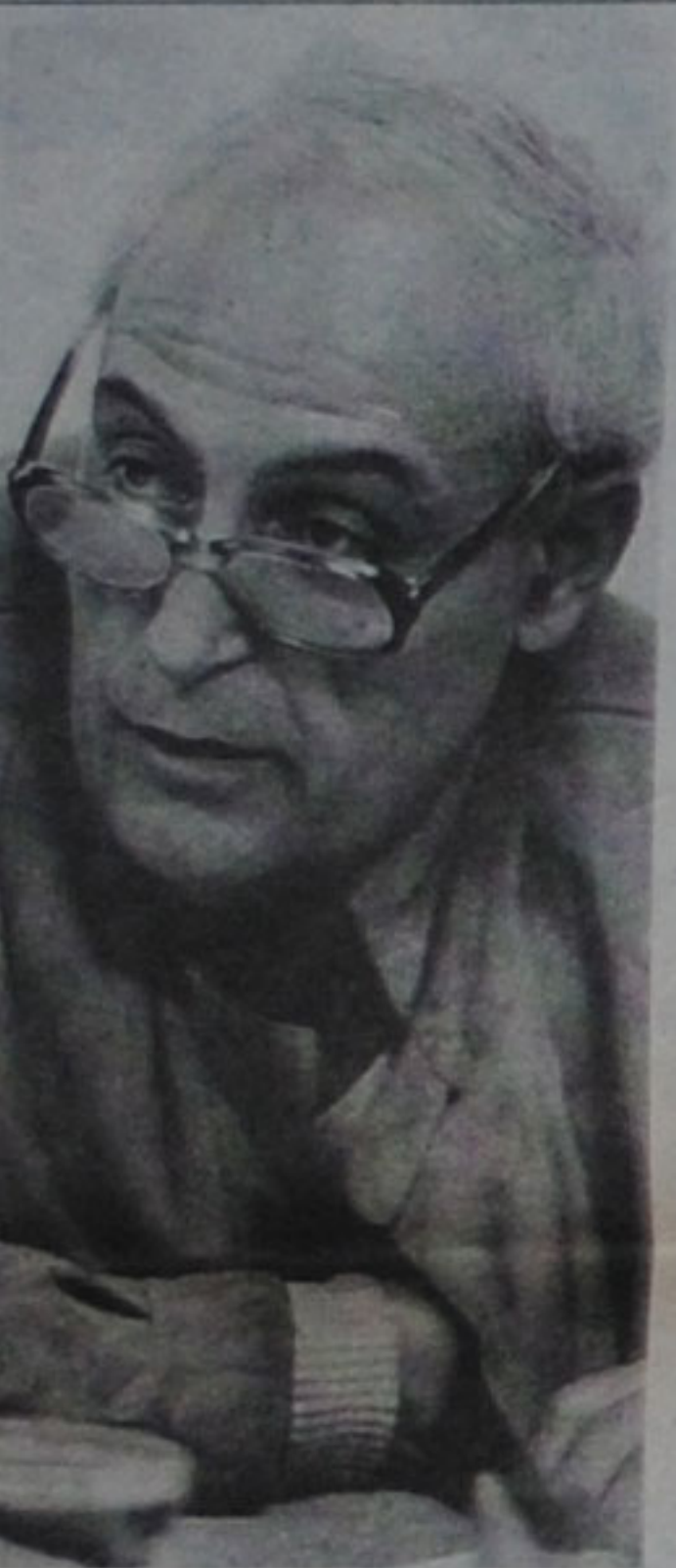


país.

“Sé que fue una opción muy independiente la que tomó Salvador Allende y que se trató en términos muy privados y muy en secreto. No sé cuánto socializó el tema, el Presidente. Yo me enteré recién en los últimos días, y compartía su decisión. Pero esa no era una opinión generalizada en el Mapu; el partido tenía discrepancias en torno al plebiscito”.

“Me encargaron llevar la carta”

JOSE CADEMARTORI: “El lunes 10 de septiembre pasé por el local del comité central del partido como a las nueve; yo era ministro de Economía. Participé en una pequeña reunión de la Comisión Política, donde se intercambiaron las informaciones del momento. Se había dado cuenta de las conversaciones con Salvador Allende los días previos, donde se había conversado la idea del plebiscito. Fue un rápido intercambio de opiniones, y la idea —no recuerdo bien si fue del propio Allende o iniciativa del PC— fue expresar por escrito el pensamiento del partido, que el Presidente ya conocía. La cosa es que ahí mismo se hizo la carta y se me encargó a mí llevarla, porque yo iba a una reunión de un grupo del gabinete. Cuando llegué a La Moneda, Allende estaba presidiendo la reunión y le entregué la carta. Le hice una indicación respecto de lo que se trataba. El asintió, la sacó del sobre y la puso en una carpeta. Siguió la reunión. No recuerdo que se haya tratado el punto, porque en realidad era

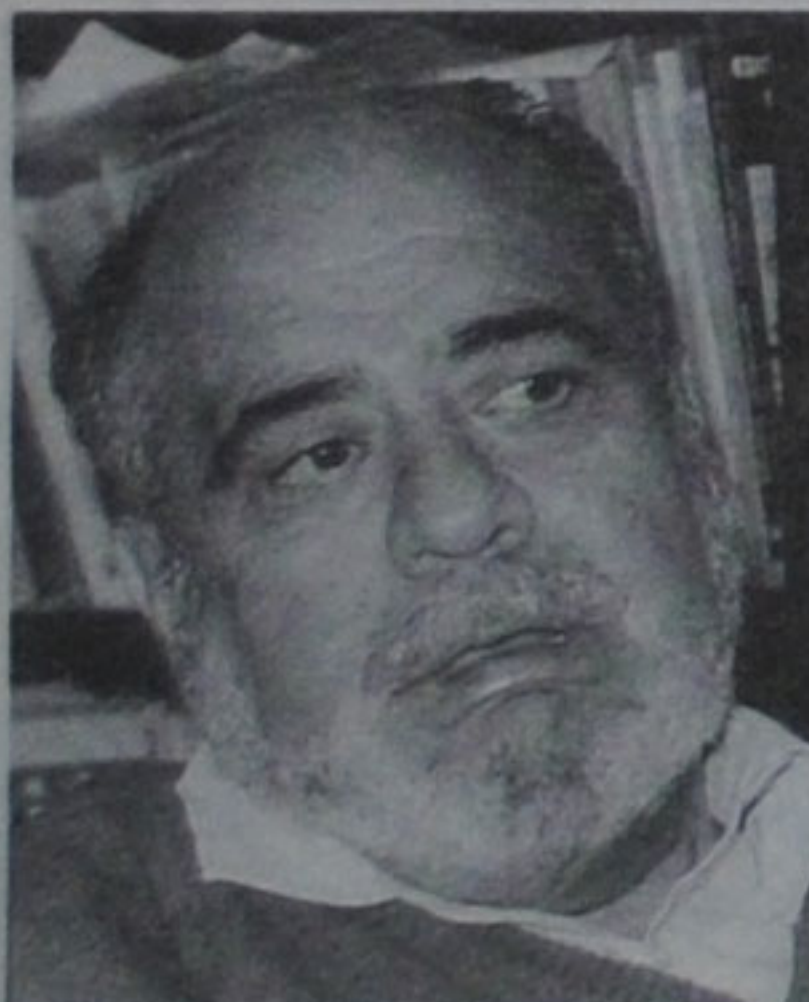


sobre otras cosas. Esa fue mi participación.

“El PC apoyaba la idea del plebiscito en las circunstancias que se vivían: sabíamos, con muchos antecedentes, que había una conspiración en marcha. El Presidente quería adelantarse a esa conspiración ofreciendo una salida política y tratando de probar la actitud de los partidos y de los sectores democráticos; ahí estaba el camino, la última posibilidad. A raíz de esa decisión del Presidente, que iba a cambiar el cuadro político, los conspiradores adelantaron al martes la fecha del golpe, que estaba previsto para el día viernes. Allende quería hacer la presentación del plebiscito el martes. Lo había estado postergando hasta tener la opinión de los partidos que más le interesaban, pero trabajaba en el discurso. Nosotros lo habíamos estado conversando con sus colaboradores, con Joan Garcés, con Orlando Letelier y también participó Carlos Briones en la redacción. Estaba todo armado para el giro propuesto”.

“Yo no estuve en la reunión”

BOSCO PARRA: “Lo narrado por Orlando Millas puede ser cierto, pero yo no estaba en esa reunión. Parece posible que estuviera Rafael Agustín Gumucio. Yo estaba convencido de que el problema era un golpe inminente, por eso prefería no participar en las reuniones del comité político de la Unidad Popular. Incluso es probable que el comité político no haya citado a la IC, porque al leer el libro de Joan Garcés, años después, comprendí que había dos instancias de acuerdo y negociación en la Unidad Popular: el comité político y otro comité con el PC y el PS, a los que Garcés llama ‘partidos obreros’. Además, los pesos relativos de los partidos en esa época tenían mucha importancia. El que no supiera del plebiscito y que existieran dos instancias de convocatoria, demuestra que había un diálogo de sordos en el comité y que había dos niveles de partidos: los chicos y los obreros.



“Ya con ocasión de un cambio de ministerio en agosto 1973, la opinión de la mayoría de la IC era que el problema obvio era el golpe militar y que si la agenda política no contribuía a esa urgencia, se anunciaría que la IC podría retirarse del gobierno. Se le avisó a Allende esa postura; Pedro Felipe le dijo que la IC no estaba dispuesta a seguir en el gobierno. Pero yo entendía que Salvador necesita-

ba apoyo y le dije a Pedro Felipe que se pusiera a disposición del Presidente. Allende me citó a Tomás Moro, para agradecer este apoyo para conformar el ministerio, pero me dijo: ‘Usted me ha decepcionado, porque pensé que tendría siempre una política de apoyo y colaboración’. Yo le repetí que no entendía por qué el gobierno no se preparaba para enfrentar un golpe que a muchos parecía inminente. Allende me respondió: ‘¿Entonces usted cree que no lo estoy haciendo bien?’. Le mencioné entonces que obligar a los comandantes en jefe a ser ministros suyos podía ser un error. Eso demuestra la magnitud de las diferencias.

“Recuerdo que yo promovía dentro de la IC dar un apoyo plausible al Presidente para que la UP pudiera llevar su programa. Si eso no era posible, estaba abierta la posibilidad de renunciar al gobierno y dejar al Presidente en libertad de acción para cambiar a los

ministros. Eso demuestra que no sabía del llamado a plebiscito. Ni siquiera sabía que el tema se discutía. Todo era inorgánico en esos días. Del plebiscito supe con certeza sólo después del golpe. Si recuerdo que le dije a alguna gente que lo mejor sería renunciar a la UP para que el Presidente pudiera buscar una salida como el Presidente de todo el país y no sólo de la izquierda”.

nosotros sólo podría hacerse al día siguiente, en la mañana, porque después de “perder el tiempo oyendo a Adonis que me tiene hasta la coronilla”, según sus palabras textuales, iría al almuerzo de todos los sábados con su familia en Tomás Moro y tenía dedicada la tarde a una conversación en El Cañaveral con el general Prats, para pasar revista con él a la situación en el Ejército derivada de los cambios de mando realizados en esos días apresuradamente por Pinochet. Quedamos de acuerdo en que yo concertaría más tarde con Payita, para alguna hora del domingo, su entrevista con la dirección de nuestro partido.

Esa tarde nuestra Comisión Política se reunió en casa de Corvalán con el ministro de Justicia, Sergio Insunza, y discutimos los términos políticos y jurídicos del llamado a plebiscito. Desde allí llamé por teléfono a Payita y ésta me indicó que fuésemos al día siguiente, domingo 9 de septiembre, a las nueve de la mañana a conversar con Allende en Tomás Moro. Fuimos designados para participar en esa entrevista Luis Corvalán, Víctor Díaz y yo. Fue nuestra última entrevista con Salvador, de más de tres horas de duración. Corvalán argumentó apasionadamente porque el Presidente no demorase el llamado al plebiscito, aunque el Partido Socialista discrepase. El nos expuso que en la entrevista con el general Carlos Prats éste le había demostrado, examinando división por división, que a través del país Pinochet había conseguido, con movidas rápidas, que no hubiese ni una sola unidad militar en que se pudiera confiar, porque en la mayoría de ellas, los comandantes eran proclives al golpe y en la minoría se había instalado, al lado de los comandantes constitucionales, a segundos dispuestos a sobrepasarlos. Reconoció que los hechos venían a confirmar las aprensiones contra Pinochet.

—Disculpen. Estoy en confianza con ustedes y en este momento me vusted el cansancio. Frida me ha referido un discurso que está pronunciando Altamirano y que abre paso al golpe de Estado. Puede venir lo peor.

Su conclusión fue que eran demasiadas las fuerzas que desde distintos ángulos optaban por una solución violenta, que algunos de la izquierda estaban engañados, también la directiva democratacristiana calculaba mal, y alguien que en cambio jugaba maestra podía ser, por lo visto, el Pentágono. Nosotros le dijimos que la solución plebiscitaria, civil, política también tenía detrás grandes fuerzas: la mayoría de los partidos de la Unidad Popular, los sectores democráticos de los otros partidos políticos, el sector constitucionalista de las Fuerzas Armadas, la Iglesia Católica, una parte de la masonería, y que se requería anunciar de inmediato esta solución hablando por televisión y radio, lo cual podría inclinarse en este sentido a la directiva democratacristiana, aunque esta anduviera propensa al golpe de Estado. Nos replicó que le era imposible, siendo Presidente de la República, parecer desleal con el partido de toda su vida, el Partido Socialista, por lo cual Orlando

Decisión tomada

Como a las once y media de la mañana Salvador recibió una lla-

mada telefónica de la periodista Frida Modak, a quien él había pedido noticias de los resultados de la reunión de la noche anterior de la directiva democratacristiana. Estos eran malos pero no pesimos. De ellos dedujo que se habría tenido en vista entre líneas la posibilidad de que surgiera la solución plebiscitaria, pero mientras tanto se daba otro paso hacia un golpe militar. Sin embargo, lo que dejó anonadado a Salvador fue otra noticia de Frida, quien le dio la cuenta del discurso que en esos momentos pronunciaba Carlos Altamirano en el Estadio Chile, jactándose de haber participado en reuniones con suboficiales de Marina y anunciando su resolución de seguir haciéndolo. Al volver del teléfono Allende se sentó y permaneció unos minutos con las manos cubriéndole el rostro. Al recuperarse nos dijo:

—Disculpen. Estoy en confianza con ustedes y en este momento me vusted el cansancio. Frida me ha referido un discurso que está pronunciando Altamirano y que abre paso al golpe de Estado. Puede venir lo peor.

Su conclusión fue que eran demasiadas las fuerzas que desde distintos ángulos optaban por una solución violenta, que algunos de la izquierda estaban engañados, también la directiva democratacristiana calculaba mal, y alguien que en cambio jugaba maestra podía ser, por lo visto, el Pentágono. Nosotros le dijimos que la solución plebiscitaria, civil, política también tenía detrás grandes fuerzas: la mayoría de los partidos de la Unidad Popular, los sectores democráticos de los otros partidos políticos, el sector constitucionalista de las Fuerzas Armadas, la Iglesia Católica, una parte de la masonería, y que se requería anunciar de inmediato esta solución hablando por televisión y radio, lo cual podría inclinarse en este sentido a la directiva democratacristiana, aunque esta anduviera propensa al golpe de Estado. Nos replicó que le era imposible, siendo Presidente de la República, parecer desleal con el partido de toda su vida, el Partido Socialista, por lo cual Orlando

“El PC buscó una salida”

FERNANDO CASTILLO: “El Presidente Allende me llamó y me dijo: ‘A lo mejor no vamos a hacer ninguna casa mientras usted sea ministro, lo que importa es arreglar la situación política del país. Yo creo que si usted participa en el gobierno, la Democracia Cristiana podrá cambiar su actitud hacia el gobierno y podremos buscar los caminos de acuerdos’. Yo le dije que estaba dispuesto a participar, siempre y cuando mi partido aceptara que yo fuera ministro, así que le dije que tendría que consultar primero con el partido. El me dijo que hiciera el intento. Al día siguiente me llamó a la rectoría de la UC para decirme que me pusiera elegante, porque esa tarde iba a jurar como ministro, dándome a entender que eso estaba arreglado. Después supe que no había habido acuerdo y por tanto yo no concurrí a ese juramento. No tuve conocimiento de su intención de llamar a plebiscito. Pero cuando el Presidente me ofreció el Ministerio de la Vivienda, el tema se trató en la DC.

“De los comunistas no tengo duda de que tuvieron intención de buscar una salida. Poco después de que el Presidente me pidiera asumir el ministerio, fue Volodia Teitelboim a mi casa a pedirme otra posible intervención, pero yo no tenía ninguna capacidad para operar en ese marco político. No recuerdo si en esa ocasión me visitaron Teitelboim y Corvalán, o si ambos fueron en diferentes ocasiones, pero su intención era la misma: ver cómo se podía gestionar un acuerdo”.



Letelier actuaría en una última gestión para conseguir la aprobación socialista, el ministro del Interior Carlos Briones reforzaría la preparación de un acuerdo con la Democracia Cristiana y a la una de la tarde llegarían los tres comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas, a los que había convocado para anunciarles solemnemente la solución plebiscitaria y decirles que la haría pública a mediodía del martes 11 de septiembre en cadena nacional de televisión y radios. Sostuvimos que podrían dar el golpe antes, si se anticipaba ese anuncio a los comandantes en jefe. Pero, el consideré que eso sería posible sólo en el caso que ellos fueran unos monstruos de felonía. Al despedirnos expresé, marcando sus palabras:

—Estamos de acuerdo en el fondo, a pesar de algunos detalles. Si llega a pasar algo y se repite lo del “tanquetazo”, será responsabilidad mía afrontar en La Moneda los acontecimientos. La vez pasada estuvo Orlando a mi lado, ya que era ministro. En una nueva dificultad parecida prefiero que no se expongan los miembros de las comisiones políticas socialista y comunista, del CEN radical y de los demás partidos de la Unidad Popular. Me parece que saldremos adelante con éxito; pero si llegásemos a ser derrotados, tienen que contar la verdad sobre lo que hemos pensado y hemos hecho y, sobre todo, deben continuar la trayectoria del movimiento popular sus dirigentes probados. Que quede claro que yo estaré en mi puesto y ustedes en el suyo. La historia de Chile no terminará con la Presidencia de Allende.

Corvalán le indicó que, de producirse algo grave, necesitaríamos estar en contacto directo con él. Víctor Díaz propuso que, en tal eventualidad, Enrique Paris podía acompañarlo en La Moneda y Salvador, con visible agrado, aceptó su nombre.

El lunes 10, día anterior al golpe, hubo en la mañana en La Moneda, consejo de gabinete. Antes de concurrir a él, el nuevo

ministro de Economía, José Cade-mártori, fue llamado a la sede de nuestro partido, donde estaba sesionando la Comisión Política, para que recibiese una carta de Corvalán a Salvador instándole a apresurar el llamado a plebiscito. Joan Garcés, a pesar de las confusiones de su libro, menciona esa carta al dar cuenta de las últimas instrucciones entregadas por Allende en su casa de Tomás Moro, la noche del lunes 10, al ministro del Interior Carlos Briones y al equipo de colaboradores inmediatos. Garcés expresa textualmente lo siguiente: “La carta de la Comisión Política del PC al Presidente mencionaba la convocatoria de elecciones para una Asamblea Constituyente. La Asamblea Constituyente sería elegida para introducir reformas limitadas o amplias en la Constitución y, eventualmente, para elaborar un nuevo régimen institucional. Depende de las circunstancias. Funcionaría simultáneamente con el Parlamento ordinario actual (...) Este punto —dice Allende— debe incluirse en el discurso de mañana”.

Sería conveniente que cada uno de los muchos que, de un lado o del otro, supieran algo de esta gestión frustrada, dijesen lo que conocieron parcial o incidentalmente. Al fin y al cabo, ella demuestra que Allende y Frei, por sobre sus apasionadas diferencias, estuvieron a punto de salvar a Chile del genocidio horrendo que era inminente. Nada resta este episodio, sino que mucho agrega al conocimiento del patriotismo y el democratismo de ambos. Cuando Allende y Frei colaboraron políticamente en forma amistosa desde sus posiciones diferentes, ello fue muy bueno para Chile. El imperialismo consiguió abrir la brecha que lo separó insuperablemente, lo que perjudicó al país. Cada uno tiene sus propias trayectorias, ninguna de las cuales se amengua y ambas se pueden entender mejor en la perspectiva de que en un instante tan decisivo sobreponían lo personal al intentar que la patria no sucumbiese. ■

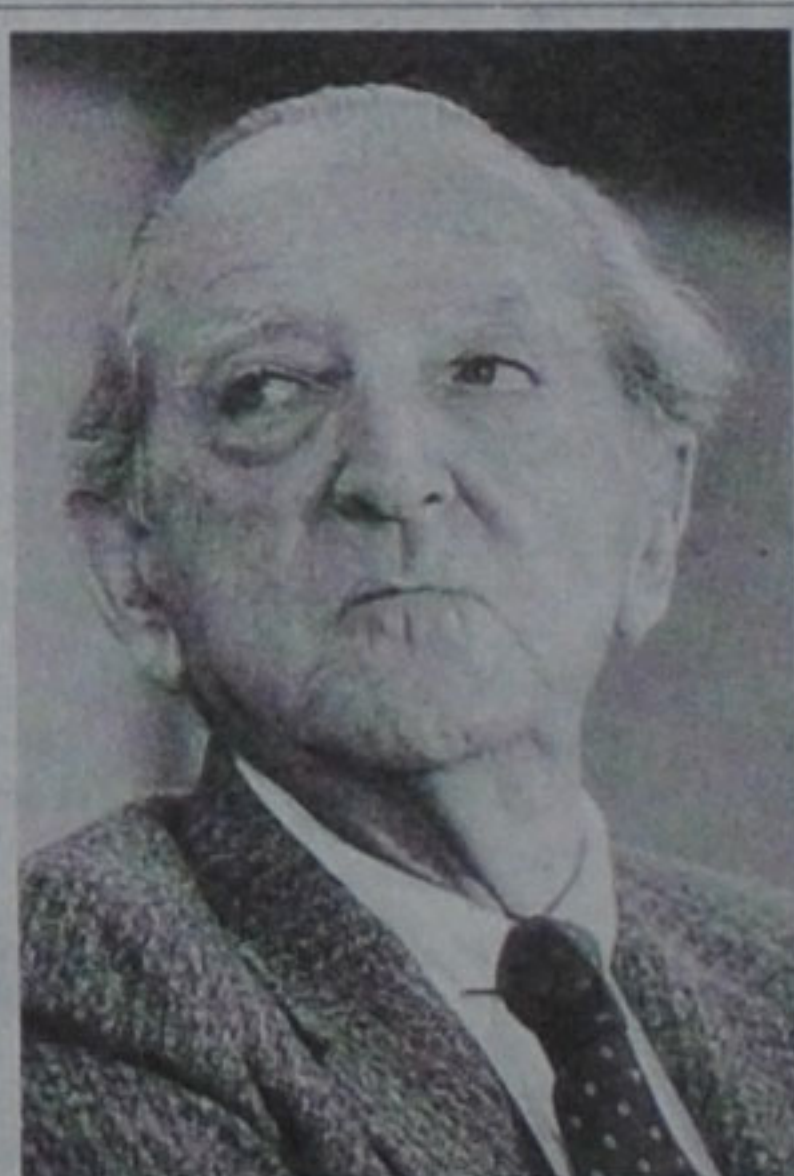
“Desgraciadamente, Allende me pidió la carta y se perdió”

CARLOS BRIONES: “El propósito del Presidente era buscar acuerdos para una solución constitucional. Su propósito de ponerme en el Ministerio del Interior era que yo tenía más llegada a la DC. El veía necesario buscar un acuerdo con la oposición democrática, muy distinta a lo que nosotros llamábamos la oposición sediciosa, que quería derrocar al gobierno. Por eso buscaba el acuerdo con la DC, para resolver la discrepancia entre el gobierno y la oposición.

“Tuve reuniones con la directiva de la DC, presidida por Patricio Aylwin y Osvaldo Olguín, pero los problemas venían por la línea del PS, que tenía una posición política distinta. La idea de plebiscito surgió cuando se vio que esto fracasaba y que no había posibilidad de llegar a un acuerdo con la DC. Hubo una reunión privada entre el Presidente Allende y Patricio Aylwin en la casa del cardenal Silva Henríquez. Allí se llegó a una serie de acuerdos: se me facultó a mí y a Aylwin para resolver la parte política. Pero esto tampoco funcionó. Aylwin creía que los dos podíamos solucionar los problemas, pero yo no me sentía autorizado a asumir una autoridad de esa naturaleza si no era una obligación muy explícita. Entonces, claramente, la

cosa ya no funcionaba por ese lado.

“El lunes 10 tuvimos una comida en la casa de Tomás Moro. Con Orlando Letelier y el Presidente, concluimos que no había otra solución que llamar a plebiscito para resolver el problema constitucional. Era lo que el Presidente quiso hacer el mismo lunes 10 en la mañana, después de haber madurado la idea el domingo 9. Ese lunes, temprano, habló conmigo en La Moneda y me dijo que anunciaría la convocatoria a plebiscito. Pero no hubo oportunidad de hacerlo. Se trataba de que el pueblo resolviera quién tenía la razón: si el Congreso, al rechazar el veto presidencial a las reformas constitucionales que había aprobado, o el gobierno. ‘Bueno’, dijo Allende, ‘si no la tengo yo, me voy entonces’. Eso fue lo que afinamos la noche del lunes.



Presidente me pidió la carta y se extravió; si no, la hubiera conservado yo. No sé por qué después no se le dio importancia a esa carta, que era un documento histórico.

“No estoy seguro de que Allende haya conversado con las Fuerzas Armadas

“Se me quedó muy grabada”

ERICH SCHNAKE: “El viernes 7 estuvimos hasta las 3 de la mañana en Tomás Moro Carlos Altamirano, Luis Corvalán, Orlando Millas y yo, porque queríamos plantearle a Salvador el peligro absoluto e inminente del golpe de Estado. Le dijimos que incluso me lo había avisado un almirante. Días antes, en una de las reuniones del consejo de la UP, ya se había planteado la posibilidad de convocar a un plebiscito. Esa última reunión se me quedó muy grabada porque hubo una pregunta de Allende y una respuesta muy categórica de Altamirano. ‘¿Qué pasa si perdemos?’, preguntó Allende. ‘Bueno, tendrás que renunciar’,



contestó Altamirano. El sábado 8 nos juntamos de nuevo, esta vez como Unidad Popular, en La Moneda. Allí se tomó el acuerdo de llamar a plebiscito. Al día siguiente el mismo Allende se lo comunicó, entre otras personas, al general Pinochet y a los comandantes en jefe de las otras ramas de las FF.AA. Siempre he pensado que eso apresuró el golpe. Cuando Altamirano se sale del libreto el domingo 9 en el Estadio Chile, lo hace precisamente por eso, para asustar. El sabía que había un golpe y que el Presidente estaba dispuesto a pedir la opinión popular para evitarlo, aún a costa de perder el plebiscito”.

“Fue una idea muy suya”

JAIME GAZMURI: “La última semana antes del golpe, el comité de jefes de partido de la Unidad Popular se reunía en La Moneda casi diariamente, en general, con el Presidente. Y la verdad es que quedaban siempre en cierta *impasse* porque estábamos muy divididos sobre cómo enfrentar la situación. Algunos pensábamos que había que establecer algún diálogo hacia el centro y consolidar el proceso de transformaciones. De allí derivó Allende la idea del plebiscito, que fue una idea muy suya y que a todos nosotros nos costaba asumir porque significaba jugar el todo o nada. Por tanto, Allende no la presentó formalmente al comité de partidos de la UP —donde estaba Corvalán, Altamirano, Sule, un socialdemócrata y Bosco Parra—, sino que la habló con algunos personajes, no sé quiénes.

“Íbamos a apoyar a Allende en su decisión. No nos gustaba. Habríamos preferido cualquier otra salida porque estaba la idea



de que ese plebiscito lo podíamos perder y también podía significar el quiebre de la UP. Pero

puesto en la disyuntiva, yo apoyaba sin estar plenamente convencido. Fue un tema de fuerte debate interno porque había gente que no estaba para nada en eso.

“Conversé con Allende por última vez el 10 en la noche. También estaba Clodomiro Almeyda. La comisión política me había encargado que hablara con él porque estábamos muy preocupados de los marinos. Teníamos la impresión de que la Armada estaba muy embarcada y le queríamos proponer a Allende que hiciera un cambio rápido allí. Al día siguiente, Allende pensaba anunciar el plebiscito. Estaba preparando el texto con el ministro del Interior, Carlos Briones, que estaba muy en esta tesis. Mi impresión es que el Presidente tenía su decisión tomada y que el anuncio era inminente. Cuando se dice que iba a ser el 11, yo creo que es muy probable. A mí no me dijo ‘mañana’, pero perfectamente podía ser así”.